

¿Qué hacemos con la palabra de Dios?

Una de las características de Cristo fue hablar con claridad y si un día afirmó que cuando los ojos están enfermos, todo el hombre está a oscuras (Mt 6,22), ahora nos dice que cuando nuestro corazón se hace duro como los suelos pedregosos, la semilla en ellos sembrada no prosperará en su crecimiento. Conviene leer el texto completo de la parábola y la explicación que Jesús hace de ella (Mc 4,2-20).

Los análisis de la Biblia nos hablarán de lo exacto de la parábola en referencia a los suelos palestinos: áridos, sembrados de piedras en los bordes, atravesados por caminos trillados y endurecidos, llenos de malezas, etc. Los sociólogos luego, nos dirán quiénes son los hombres-pedregosos, los hombres-camino, los hombres-zarzales, los hombres-buena tierra, etc.; pero la parábola nos concierne a todos, porque en ella lo que se pretende es resaltar los diversos resultados que se siguen tras el encuentro de la palabra de Dios con cada uno. ¿Cuál es nuestra respuesta real a la palabra de Dios que se nos está sembrando? Dadas mis contradicciones internas, ¿en dónde me pongo? ¿Qué clase de suelo soy? ¿Qué estamos haciendo cada uno con la palabra de Dios? Esa es la problemática que sugiere esta parábola.

NUESTRAS CONTRADICCIONES Y SUS ORÍGENES

Del análisis de nuestra realidad concluimos que somos «múltiples», que nos encontramos un poco en todos los diversos suelos. Nos reconocemos «camino», terreno endurecido por una fe reducida a rutina y a observancia de preceptos trillados, donde la palabra de Dios cae pero rebota. Personas distraídas y ausentes porque el corazón lo tememos en otra parte y la simiente nos resulta extraña.

Nos reconocemos «terreno no labrado»: una pequeña capa de tierra sobre un árido de piedras. Personas capaces de quedar bien y de salvar las apariencias cristianas y poco más. Superficialidad, vanidad, inconstancia y volubilidad. Tímidas tentativas pero sin llevar nada a cabo en resumidas cuentas. Personas sin raíces, incapaces de asimilar y por ello, incapaces también, de comprometerse. Personas, en fin, que tocan infinidad de cosas, pero nunca hacen suyo nada en serio.

También nos podemos reconocer en el «enredo de las zarzas»: terreno labrado quizás, pero donde la simiente tiene que crecer en competencia con la zarza que le roba el alimento y le impide ver el sol, hasta terminar ahogándola en su crecimiento. Es ese barullo de los entorpecimientos, los compromisos sociales, las cosas que convertimos en esenciales, las comodidades de las que no queremos prescindir, los temores, etc. Esas son las zarzas que sofocan el desarrollo de la palabra de Dios dentro, después de haberla reducido a minoría en nuestro mundo interno tan confuso.

Finalmente, también podemos reconocernos en el «terreno fértil», en aquel que puede multiplicar el fruto de la palabra sembrada. El sembrador no es que luego pretenda que el fruto sea el mismo en todos, lo que quiere es que nos esforcemos por ablandar la dureza, por desalojar las piedras que estorban y por arrancar los abrojos que impiden el crecimiento. Es decir, que evitemos todo aquello que pueda neutralizar la capacidad de crecimiento de la simiente. Como «terreno» somos socios de Dios en su obra de creación y crecimiento. La palabra, creadora de vida, nos pide poner algo de nuestra parte.

Por eso resultan extrañas nuestras contradicciones y sobre ellas deberíamos pensar un poco. Por ejemplo: escuchamos la palabra de Dios en misa y saliendo de la iglesia hacemos lo contrario; pensamos en grandes ideales y metas y luego hacemos cosas bien mezquinas; pretendemos grandes obras y a renglón seguido nos contentamos con los ridículos horizontes de siempre; nos abrimos con ilusión hacia la libertad interior, pero nos condicionamos cerrilmente a nuestras esclavitudes diarias, como la de la mediocridad, etc.

La respuesta no la podemos reducir a disculpar la diversidad de terrenos ineptos en nosotros, por razones marginales o eventuales que nos sobrevienen. Hay más bien que buscarlas entre nuestras actitudes de fondo, las actitudes a las que Jesús mismo hizo alusión al explicar la parábola: el influjo que tiene sobre nosotros el mal y el ambiente, nuestra superficialidad e inconstancia y la ambición y las ansias que nos suelen dominar (Mc 4,13-20).

LA PALABRA DE DIOS ES PRINCIPIO DE VIDA

Si abrimos la Biblia encontramos tres afirmaciones a propósito de la palabra de Dios. Se nos dice de ella que es creadora, que es salvadora y que es germen de vida. Que es creadora aparece desde el principio, produciendo el universo con su fuerza: «¡Hágase!» (Gen 1). «Mediante ella se hizo todo y sin ella no se hizo nada de lo que hay hecho» (Jn 1).

Que es salvadora también nos lo recuerda el Evangelio de Juan: «la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros; y a los que la reciben, los hace capaces de ser hijos de Dios» (Jn 1). Que sea germen de vida es evidente, porque contiene en sí un principio capaz de hacer en nosotros verdaderas transformaciones. Por eso, hemos de secundar su fuerza, proporcionándole tierra apta para que el crecimiento sea real en nosotros. Nunca le oponemos resistencia y, mucho menos, la hacemos «inofensiva».

NO MANIPULAR LA PALABRA

De todos los terrenos de la parábola, quizás al que más nos parezcamos sea al del zarzal: un terreno bueno, pero ocupado ya por nosotros mismos, por nuestros prejuicios, por nuestros esquemas habituales, por la lógica y el sentido común, por los temores, etc. La palabra allí queda ahogada y no crece. Quizás le tengamos algo de miedo por si nos lleva a mayores compromisos con la sociedad o con la Iglesia y terminamos reduciéndola a nuestras cuadrículas de pensar o de ser, personales. En una palabra. la tratamos de adaptar a lo nuestro de siempre, olvidados de que Jesús nos avisó que hemos de hacernos como niños si queremos entrar en el Reino. Hacerse como niños es creer sin reservas y acoger con disponibilidad, porque el niño está limpio todavía de prejuicios mentales y de hábitos adquiridos.

No es infrecuente que nosotros en vez de prepararle el «humus» necesario para el crecimiento, acumulemos «ingredientes» para rebajarla, para hacerla más digerible, más adaptable a nuestros modos personales. Luego, le añadimos el «suavizante» indispensable para hacerla inofensiva o inocua, para que no nos inquiete dentro, ni nos moleste demasiado, cuando precisamente *la Biblia nos dice que la palabra de Dios es afilada, es luz y es fuego*. Lo malo es que nosotros la embotamos para que no nos hiera, o la hacemos opaca para que no nos dañe la vista, o la enfriamos con el agua del sentido

común o de la falsa prudencia. Eso es lo que quiere decir «hacer inofensiva la palabra de Dios». Pero la palabra, lo que tiene que hacerse, es vida en nosotros y ayudarnos a crecer más y más.

Cuando encontremos personas a quienes el Evangelio les resulta raro, tendríamos que preguntarnos: ¿no habremos contribuido nosotros también a hacer raro el Evangelio? Quizás no hayamos sido capaces de ofrecer un testimonio evidente de que su práctica es posible, tanto personal como colectivamente. O quizás lo hayamos envuelto en nubes tan místicas como hipócritas, o lo hemos reducido a una casuística moral minuciosa, identificándolo con un moralismo ya caduco. Nuestra obligación es aplicarlo a la vida desde cualquier circunstancia, hasta habituarnos a vivirlo con naturalidad.

¿Qué estamos haciendo con la palabra de Dios? ¿La mantenemos viva en el corazón, o la hemos hecho inocua en sus efectos? Juan termina su Evangelio diciéndonos que «esta palabra la ha escrito para que creamos y por esa fe tengamos vida» (Jn 20,31).

Joaquín Sangrán SJ